

# **El Dr. Felipe Martínez Arango entre nosotros<sup>1</sup>**

**Hebert Pérez Concepción**

Hace más de cincuenta años cuando, recién llegado a esta ciudad, empecé a trabajar en la Universidad de Oriente, la vida y las cosas del Dr. Felipe Martínez Arango me llegaban como leyenda. Hoy lamento mucho que por defectos de mi carácter o por discreción y respeto hacia un personaje que por la edad podía ser mi padre, no llegué a establecer con él una relación de intimidad. De aquí el escaso valor que asigno a estas reminiscencias.

Entonces —estamos hablando de finales de 1963 en adelante— el Dr. Martínez Arango no era de los profesores que se veían con frecuencia en el campus universitario. Venía puntualmente a dar sus clases y aprovechaba el tiempo de ese día para también responder la correspondencia y trabajar en el museo-almacén de arqueología que fue obra de su entera creación.

Se decía por aquellos años que el decano de la Facultad de Humanidades, el catalán Dr. Francisco Prat Puig, le había reducido el salario a la mitad por su falta de “permanencia” en el

<sup>1</sup> Leído en el Panel sobre el 110 Aniversario del Dr. Felipe Martínez Arango ante alumnos y profesores del Departamento de Historia. Santiago de Cuba, 18 de febrero de 2019.

centro y que él, por orgullo, no reclamó; pero que tal vez se vengaba de la injusticia repitiendo –cuando venía al caso– de que él era quien había traído al Dr. Prat a trabajar en la Universidad.

En mi memoria persiste un recuerdo de estos dos profesores –Felipe y Francisco– cuando una vez se encontraron en las afueras de la Biblioteca Central, y Prat, con entusiasmo casi infantil, detuvo al otro para hablarle de lo que consideraba un descubrimiento arqueológico. El Dr. Martínez Arango le escuchaba con atención y respeto, pero en su rostro se reflejaba escepticismo.

Con el tiempo supe de los importantes trabajos de Martínez en arqueología, de sus estudios y relaciones en este campo en México, de la consideración que le tenían los alumnos que se formaban en esta especialidad. Pero lo que más me llamaba la atención fue su labor desplegada como director del Departamento de Extensión Universitaria: publicó libros y folletos, invitó a personalidades extranjeras a impartir conferencias y cursos, celebró encuentros y fórums, y otras actividades dirigidas a fomentar el vínculo universidad-comunidad, y a defender la cultura y la soberanía nacional, como hiciera en el caso del Fórum sobre el Canal Vía Cuba.<sup>2</sup>

Bajo la dirección de Martínez Arango, Extensión Universitaria se convertiría en la imagen de la nueva universidad en el país y en el extranjero. En este departamento se promovían las ideas del progreso, se defendía la libertad de conciencia y se le daba un espacio a las ideas y los pensadores de posiciones más radicales, como al Dr. José Antonio Portuondo –quien fuera cola-

<sup>2</sup> Véase “Caimanera”, ponencia en el Fórum sobre el Canal “Vía Cuba”, organizado por la Universidad de Oriente, 1954, en José Antonio Portuondo: *Crítica de la época y otros ensayos*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1965.

borador cercano en Extensión—, o Juan Marinello, intelectual comunista invitado a discurrir sobre José Martí. María Rotger, quien empezó de jovencita a trabajar como secretaria, recordaría años después a Martínez como un director excepcional.

Como director de Extensión, Martínez era, por derecho propio, miembro del Consejo Universitario, cuerpo al que también pertenecían el Rector y los decanos, pero, al parecer, era una de las personalidades más fuertes e influyentes, lo que tal vez explique porque él formó parte de la comisión que viajara a La Habana a solicitar al gobierno el reconocimiento oficial de la Universidad de Oriente como universidad pública y presupuesto estatal. Para Orlando Poveda, oficinista en los primeros tiempos, que con frecuencia trasladaba papeles y mensajes de una oficina a otra y oía o fue testigo de discusiones —y tal vez algunas indiscreciones—, por la energía y convicción con que defendía sus posiciones, Martínez Arango era el “guapo del grupo”. Con esa reputación me toparía muchas veces.

Si nació Martínez en 1909, como se desprende de la convocatoria a este panel por su 110 aniversario, eso quiere decir que cuando yo empecé a trabajar en la universidad, él tendría 54 años, y algo menos de 70 cuando después fijó su residencia fuera de Santiago de Cuba. Era más bien pequeño de estatura, delgado, complexión atlética, andar rápido y postura recta. A alguien que en algún momento le visitó en su casa en Ciudadamar (donde vivía solo), le escuché comentar cómo Martínez Arango hizo alarde de buena condición física, poniendo una mano sobre la cerca que rodeaba su casa y saltándola de un solo impulso. También se decía que corría detrás de una guagua cuando se produjo su primer infarto, accidente que sería la razón para que, eventualmente, se fuera a residir fuera del país con su familia, porque —y era el comentario— hasta ese momento se había negado a irse de su patria a pesar de que oportunidades no le faltaron.

Se preocupaba del porte, y según el profesor panameño Nils Castro, cuando Felipe estaba cerca de cierta joven dama (cuyo nombre me reservo), se erguía recto como una vara y sacaba el pecho, que luego dejaba caer a su posición anterior cuando se retiraba y creía que nadie le estaba mirando.

La valentía de Martínez Arango se expresaba de diversos modos. Su compañero de la Universidad y de trajines revolucionarios contra la dictadura de Machado, Salvador Vilaseca (profesor de matemáticas del *Che* en el Banco Nacional), me contaría en 1991 en un aparte de la defensa de mi tesis de doctorado de cuyo tribunal era miembro, que cuando ellos dos estaban exiliados en México, Felipe le apostó a que él solo, a media noche, iba a cruzar por el mayor, más solitario y peligroso parque de la ciudad (¿el Tlatelolco?), un atrevimiento que podía pagarse con la vida. Los amigos no pudieron convencerle de que no hiciera tal locura, y la hizo. Ya antes me había contado Francisco López Segura (quien se casaría con una hija de Vilaseca) que cuando Felipe iba por el parque, en la oscuridad vio acercarse a un hombre y, resuelto y natural, se dirigió a este y le pidió encender un cigarro. Aquel hombre, como si hubiera visto un fantasma, se echó a correr. Claro está, esto puede ser solo leyenda.

No es leyenda que probó su coraje en la lucha contra Machado como miembro del Directorio Estudiantil. –“Del segundo”, le aclararía a mi hermano Hernán que estudiaba el tema de la Revolución del Treinta, “porque no soy tan viejo como para ser del primero”.

Sería de la época inmediatamente posterior a la caída de Machado este otro episodio que se contaba en el círculo de amigos compuesto por el Dr. Francisco López Rosa y el Dr. Roberto García Ibáñez. Como medio de presión a la revolución en curso, los yanquis habían colocado sus barcos a la entrada de los principales puertos del país, entre ellos Santiago. Ni corto ni perezoso, Martínez Arango se montó en un bote con un com-

pañero y fue a ver al jefe de la flotilla a quien le espetó que si las tropas yanquis desembarcaban, les iban a caer a tiros. El hijo de García Ibáñez, Roberto, quien leyó estas notas antes de entregarse para su publicación, me aclararía que su padre fue el otro protagonista de esta acción.

Al parecer, el temple de Martínez Arango no se agotó con el paso del tiempo, y veinte años después, cuando Batista dio el golpe de estado en 1952, fue uno de los que en la Universidad de Oriente animó la corriente de resistencia a la asonada del fatídico 10 de marzo. Al menos eso se dice, y sin duda nuestros investigadores lo podrán corroborar. Su conducta posterior avalla esta afirmación. Por otro lado, delante del que esto relata, en algún momento Martínez Arango hizo referencias de cómo evadió la policía batistiana cruzando la bahía de Santiago acostado en el fondo de un bote de humildes pescadores.

Asimismo, recuerdo que mencionara que estuvo haciendo entrenamiento militar en un campamento en México o Centro América, del cual él era el jefe. Lamentablemente, ni yo ni ninguna de las otras personas presentes le pedimos más detalles, quizás porque pensábamos que esas habían sido cosas de las más normales en Santiago de Cuba. Juraría que cuando habló del campamento mencionó al joven Fernando Vecino como uno de los futuros expedicionarios, pero después de tanto tiempo no estoy seguro, y solo lo digo como una pista para los que quieran investigar el tema. De lo que no cabe duda es de su posición frente a la dictadura y el imperialismo norteamericano desde su cargo en Extensión Universitaria. Esto se puede comprobar por lo que se publicaba en dicha institución, el compromiso personal público, y las personas con que trabajó. Por ello estuvo en la mirilla de la dictadura y de las autoridades norteamericanas y fue víctima del macartismo criollo de inspiración yanqui que se desató contra la Universidad de Oriente.

A poco tiempo del triunfo de enero de 1959, el gobierno revolucionario habría reconocido su contribución a la lucha cuando se le propuso a Martínez Arango el nombramiento de embajador en Londres (información que le oí muchos años ha a Francisco López Segrera, cuyo padre fue compañero y amigo de Raúl Roa desde la época de estudiantes). Martínez Arango no aceptaría el puesto y se quedó en la Universidad de Oriente por el resto de su vida laboral. Anotamos esto como parte de la leyenda, con visos creíbles, que sugiere la necesidad de investigarse para poder entender mejor a Martínez Arango, el hombre, y a la propia historia de la Revolución en una época de complejas relaciones entre dos generaciones diferentes, pero contemporáneas, de revolucionarios: la del Treinta y la del Centenario.

Lo que no puede cuestionarse, sino verdad confirmada por alumnos y colegas, es que el Dr. Martínez Arango continuó dando su mejor esfuerzo a las asignaturas que explicaba, a la investigación arqueológica y a la formación de sus alumnos en esa especialidad; influyó, incluso indirectamente, en estudiantes a los que no tuvo oportunidad de conocer porque ya se había retirado o muerto. Llegó hasta cooperar en expediciones de investigación conjunta con jóvenes arqueólogos de la provincia de Holguín, y valdría la pena indagar en qué medida su conocimiento y apoyo serviría a esa provincia hermana que tanto se ha destacado en los estudios sobre nuestra prehistoria.

Solitario y enfermo, finalmente Martínez Arango hubo de irse con su familia en Miami, en una época en que dar ese paso se entendía (o se quería entender) solo en términos de polaridad política, como traición a la patria. Según su alumna y tal vez colaboradora más cercana, la profesora de la Universidad y Máster en Ciencias María Nelsa Trincado, en Miami Martínez fue más de una vez solicitado para declaraciones contra la Revolución cubana, maniobras de propaganda a las que nunca se prestó.

La vida y obra de Martínez Arango nos recuerda la urgencia de conservar los documentos aún existentes antes de que sean pasto de la ignorancia y la desidia, y de recoger los testimonios antes de que se olviden o desaparezcan los testimoniados, si es que queremos reconstruir nuestro patrimonio histórico. En el caso de Martínez Arango tenemos la suerte de contar con sus artículos y libros publicados, uno en particular: *Cronología crítica de la Guerra hispano-cubano-americana*. En el discurso que el historiador Eusebio Leal Spengler hiciera en el Salón de los Vitrales de la Plaza de la Revolución Antonio Maceo en el centenario de esa guerra en 1998 –uno de los mejores que ha hecho, y que lamentablemente no ha sido publicado– Eusebio hizo una invocación a esa obra, preguntando retóricamente dónde estaría el autor para hacerle llegar sus palabras de agradecimientos por libro tan importante en la formación patriótica de nuestro pueblo. Permítanme responder la pregunta de Eusebio: Felipe Martínez Arango está con nosotros, está con su pueblo y con su universidad, de la que fue uno de sus insignes fundadores.